http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/cal Caldasia 38(2): iv-vii. 2016

De la ilustración al ambientalismo

También los grandes cerebros científicos cuando tratan de prever el futuro de la realidad que los rodea se dejan llevar por las ideas de los otros, por sus imaginarios. Francisco José de Caldas, paradigma de personaje ilustrado, a quien honra esta Revista, describió a principios del siglo XIX lo que sucedería en la Nueva Granada cuando existieran buenos mapas:

> *"...a la vuelta de pocos años tendremos hombres capaces de concebir y ejecutar grandes cosas. Por todas partes no se oirán sino proyectos, caminos, navegaciones, canales, nuevos ramos de industria, plantas exóticas connaturalizadas; la llama patriótica se encenderá en todos los corazones y el último resultado será la gloria del monarca y la prosperidad de esta colonia".* Caldas (1849).

Caldas fue un excelente ejemplo del enorme impacto que en América tuvieron las ideas de la Ilustración; ese conjunto de imaginarios producidos por las mejores mentes inglesas y francesas que lograron, a fines del siglo XVIII, convencer a los monarcas de la bondad de la razón, de la necesidad de la crítica y también de la urgencia de rodearse de científicos para aumentar su poder. Su maestro José Celestino Mutis es presentado en la historia de la ciencia española como uno de los grandes representantes del pensamiento ilustrado en la península ibérica, pensamiento que llegó cuando se agotó la dinastía austriaca y los borbones franceses, paradigmas de déspotas ilustrados, fueron capaces de colocar a un descendiente de Luis XIV como rey de España. Alexander von Humboldt, considerado como el mejor producto científico de esa bonanza de la Razón, cuando llegó en uno de sus viajes a Santa Fe de Bogotá, se sorprendió al revisar la biblioteca de Mutis y encontrar en ella textos que no conocía.

La pequeña profecía de Caldas se ha cumplido varias veces en la historia de Colombia, la llama patriótica se ha encendido en los corazones de varias generaciones, el monarca español no gozó mucho de estas glorias pero son numerosos los presidentes que se han glorificado con ilusiones. El discurso de la prosperidad futura todavía se usa para ganar elecciones pero los caminos, las navegaciones, los canales, los nuevos ramos de la industria todavía no forman parte de la realidad.

Curiosamente Caldas cuando habla de las plantas se refiere únicamente a las *"exóticas connaturalizadas*" y esa es la parte de su profecía que más se ha aproximado a la realidad. ¿Por qué Caldas no habló de las plantas nativas? ¿Previó acaso las enormes dificultades que tendría tratar de utilizar económicamente la gran cantidad de plantas nativas que él y sus colegas de la Expedición Botánica se encontraban en ese momento recolectando y dibujando? ¿Algo en su experiencia o en sus lecturas lo llevó a ser más realista que lo que han sido sus seguidores a lo largo de los años?

Enrique Pérez Arbeláez, sin duda el más grande responsable de la existencia del Instituto de Ciencias Naturales, insistió en varios escritos su relación sentimental con la obra de José Celestino Mutis; en el breve "Proemio a la Tercera Redacción de Plantas Útiles de Colombia" escribe: "*Poco, pues, me fascinaban la sistemáticas y la ciencia aplicada y solo sentía una viva atracción por el servicio patrio de mis estudios y un anhelo –no sé cuándo nació– de reanudar en Colombia la labor humanizante y el prestigio nacional de la Real Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada que dirigió don José Celestino Mutis y cuya*

trayectoria se había perdido en los campos hollados por nuestras discordias políticas". Pérez (1996).

Las palabras que utiliza Enrique Pérez en su breve explicación de una labor a la cual dedicó su vida nos proporcionan indicios de las fuerzas emocionales que han sostenido en Colombia a varias generaciones de gentes dedicadas a la taxonomía y a encontrar la utilidad de plantas y animales. A esas personas les debemos que el mundo científico y los medios internacionales hayan reconocido la megabiodiversidad colombiana; sin su labor callada pero de alta calidad la importancia de los ecosistemas colombianos apenas hubiera recibido un reconocimiento estético.

Esas varias generaciones de investigadores de la naturaleza en Colombia no son simplemente biznietas de la Ilustración francesa introducida en sus colonias por Carlos III, tampoco pueden interpretarse únicamente como nietas del pensamiento utilitarista inglés impulsado por Santander y sus amigos. Ese imaginario de "*servicio patrio*", ese "*anhelo*" de reanudar una "*labor humanizante*" perdida debido a "*discordias políticas*" que Pérez Arbeláez revela en su tercer intento de explicarse a sí mismo, es algo más.

Creo que esas otras motivaciones, ese algo que va más allá de la Ilustración y del Utilitarismo merece un análisis detallado porque es parte de una forma compleja de imaginar la realidad que explica algunos de los procesos que han caracterizado a Colombia. Si fuéramos únicamente biznietos de la Ilustración tal vez el conocimiento científico con toda su neutralidad y su rigor se hubiera difundido con mayor amplitud y fuerza, tal como ocurrió en Europa, especialmente en Francia y en Alemania, cunas de sus ideas fundamentales y en Estados Unidos gracias sus alianzas con los grandes propietarios del capital. Si lo que nos impulsara fueran únicamente el utilitarismo filosófico y sus sobrinas la economía neoclásica y el marxismo leninismo es posible que hoy tuviéramos un gran industria, capitalista o estatal, fundamentada en la utilización de los genes de la megabiodiversidad que sería respetada en todo el planeta por su capacidad de innovación y su agresividad empresarial. Con este prólogo lo que espero es suscitar el interés académico necesario para explicarnos esas diferencias entre lo posible y lo real.

Otros textos de Enrique Pérez Arbeláez pueden servir para analizar con más detalle lo ocurrido. En la edición póstuma de 1996 de "*Plantas Útiles*" con la cual se conmemoró el centenario de su nacimiento, se incluyó una extensa definición de la utilidad de las plantas que se inicia con un texto de Eloy Valenzuela, uno de los miembros de la Expedición ordenada por el virrey, que dice así:

> *"Oh botánicos alucinados. Este es el mejor destino que podéis dar a vuestras tareas. Haced que tanto embolismo de términos y frases den una turma más, una fruta a los mercados o siquiera una olla al campesino".*

A continuación Pérez escribe*:*

> *"Toda planta es útil… porque toda planta es un valor estético; cualquiera de ellas constituye un tema intelectual y científico, todas ellas son engranajes del sistema filogenético y aún las más insignificantes tienen un valor en la conservación y renovación de los recursos naturales del planeta*". Pérez (1996).

Ambos textos, el de Valenzuela y el de Pérez describen claramente la mayoría de las razones que han impulsado a los naturalistas colombianos interesados en el tema. Don Eloy, como se le llamaba al sacerdote Valenzuela es directo y responde a las necesidades de la Nueva Granada en vísperas de la Independencia, el padre Pérez es más profundo y su frase resume

la posición de lo que pudiera llamarse el ambientalismo tradicional a pesar de que en esta primera frase no incluye los usos que estudia la botánica económica a los cuales dedica el resto del volumen en donde a cada planta identificada sistemáticamente le encuentra un uso.

Los textos de Caldas, Valenzuela y Pérez Arbeláez revelan facetas precursoras. Sus frecuentes referencias a la patria, sus intentos de ser prácticos, sus alusiones a la belleza y a la locura muestran que su pensamiento no estaba limitado por los dogmas ilustrados y utilitaristas; el romanticismo asoma como una tercera raíz, precursora en el caso de los dos primeros, inusitada en el del sacerdote Pérez. A esa raíz los tres textos agregan otra todavía más inesperada; cuando Valenzuela habla de turmas, de ollas y de campesinos, cuando Caldas habla de proyectos para la prosperidad, cuando se revisa la diversidad de usos, étnicos, campesinos, cuotidianos e industriales, que incluye Pérez en su libro es imposible no pensar que los tres se habían adelantado a discusiones contemporáneas dictadas por el desarrollismo y el pragmatismo.

El libro de Pérez, ilustrado, utilitarista, romántico, desarrollista, pragmático, modelo de dedicación al tema, fue actualizado y fortalecido por trabajos posteriores de otros naturalistas colombianos, como los artículos publicado en Caldasia, en la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, en los libros del Humboldt y del Sinchi y en los estudios pioneros de los hermanos Patiño, de García Barriga, Fernández, Idrobo, y Bernal. Todos estos trabajos conforman tal vez el catálogo más importante de botánica económica del neotrópico.

Sin embargo estos esfuerzos extraordinarios y complejos de los científicos colombianos no han conducido a un esfuerzo industrial y comercial de similar magnitud. El imaginario del Siglo de las Luces sistematizado por más de cinco generaciones de botánicos, zoólogos, ecólogos y antropólogos se ha quedado en la mitad del camino. Es posible que los monarcas y otros personajes se hayan glorificado pero la prosperidad no se ha realizado.

Tal vez, es apenas una hipótesis, nuestros naturalistas han sido mucho más complejos de lo que la sociedad colombiana y sobre todo el estado colombiano estaba dispuesto a comprender, a aceptar y a actuar en consecuencia. Esa complejidad estaba sustentada en el estrecho contacto que esos científicos mantenían, en sus actividades y en sus mentes, con la compleja realidad de los ecosistemas en donde vivían y también en su lectura constante de las interpretaciones filosóficas de la relación entre los humanos y la naturaleza. De esa doble complejidad nace buena parte del pensamiento ambiental en Colombia.

La complejidad personal de esos científicos, ávidos lectores, todos ellos, no solo de los tratados y las revistas especializadas en la botánica económica sino también de todo lo relacionado con el país en que vivían, fue gestada por sus cerebros sin velos ni obstáculos, por sus mentes capaces de comprender y aceptar la complejidad del territorio en que vivieron. Sin duda sus miradas eran amplias y profundas, capaces de identificar interrelaciones, dispuestas a aceptar el dinamismo del pasado y a imaginar también un futuro variable, orientadas por la búsqueda de la verdad y la bondad y respetuosas de las opiniones y los intereses de los otros, de las otras personas, de las otras especies, de esa otredad diversa que nos rodea. Condiciones estas todas necesarias para comprender la totalidad del ambiente que nos rodea, lo no humano y lo humano, incluyendo sus imaginarios.

Esas miradas de los primeros ambientalistas no se reducían a satisfacer sus ansias personales de conocimiento; si algo caracteriza a los primeros ambientalistas colombianos, botánicos muchos de ellos, es su dedicación a la educación y sus numerosos intentos y logros de construcción de instituciones. Todos ellos, de Caldas a los actuales escritores de Caldasia, deben ser incluidos en la numerosa lista de coautores de la gestión ambiental colombiana y muchos de ellos son responsables directos e indirectos de la existencia de instituciones como el Código de Recursos Naturales y Protección al Medio Ambiente, el primero en el mundo, del Instituto Humboldt, del Sinchi además de la revista que ustedes están leyendo y del Instituto que la ha sostenido durante tantos años. Caldas a su tiempo entendía la necesidad de ser políticamente independientes y de comprender nuestras estrechas interrelaciones con la naturaleza no humana, Pérez Arbeláez no cejó hasta fundar el Herbario Nacional, y el Jardín Botánico de Bogotá pero en sus ratos libres denunciaba a los exportadores de fauna silvestre y advertía acerca de las relaciones entre la deforestación y el clima, Aníbal y Víctor Manuel Patiño al mismo tiempo que investigaban y educaban defendían las lagunas y construían institutos de investigación, Idrobo fue uno de los fundadores de la Sociedad Colombiana de Ecología, activista formidable, educador incansable y defensor continuo de los bosques andinos, Fernández fue uno de los primeros en advertir lo que estaba sucediendo en los páramos y fundó el primer programa universitario de ecología.

Los que leímos a Mutis, a Valenzuela y a Caldas, los que escuchamos a Pérez Arbeláez, a Idrobo, a Fernández, a Aníbal y Víctor Manuel Patiño, a García Barriga, a Bernal también nos acercamos por intermedio de ellos a los grandes pensadores de la Ilustración, del Utilitarismo, del Romanticismo, del Pragmatismo y del Desarrollismo, leímos y escuchamos viviendo la complejidad de la naturaleza colombiana, eso se lo debemos a ellos y eso nos caracteriza.

LITERATURA CITADA

Caldas, F.J. 1849 *Estado de la geografía del virreinato de Santa Fe de Bogotá con relación a la economía y el comercio*. Semanario de la Nueva Granada. 30 Lassere, Paris. 20 pp.

Pérez, E. 1996. *Plantas Útiles de Colombia.* Fondo FEN Colombia. Bogotá. 832 pp.

Julio Carrizosa-Umaña
Miembro Honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.